

PEDRO MAIRAL

✠ El año
del desierto

ED DE
SALTO | PÁGINA

✕ El año del desierto

Mapas

Divido el pelo en cuatro mechones, cruzo los dos centrales y los aparto al medio en dos pares. Entonces empiezo la trenza. El mechón de la derecha pasa al medio por encima del mechón de al lado; el de la izquierda pasa al medio, pero lo hace por abajo del mechón de al lado y por encima del recién cruzado. Voy explicándola a medida que avanzo. Repito los movimientos una y otra vez hasta llegar a las puntas, hasta que queda una trenza chata con una fila de cuadraditos en medio. Ellas me piden que les enseñe otras trenzas, pero tienen que seguir estudiando y yo tengo que ordenar los libros en los estantes.

Suena el timbre de las doce y la biblioteca queda vacía. Termino de guardar los libros, pongo bien las sillas y voy al cuarto de la mapoteca. Despliego los mapas viejos sobre la mesa, miro los lugares, los nombres, las avenidas. Recorro con el dedo las estaciones de tren y las calles, trato de acordarme de algunas esquinas, algunas cuadras o plazas de esa grilla enorme, inexistente. Las calles de la ciudad donde ahora vivo son menos ordenadas y geométricas, parecen un enredo, algo que fue creciendo de un modo irregular alrededor de catedrales y castillos, como muchas otras ciudades europeas.

Este trabajo me gusta. Me gusta el silencio. Estuve cinco años en silencio, hasta que las palabras volvieron, primero en inglés, de a poco, después en castellano, de golpe, en frases y tonos que me traen de vuelta caras y diálogos. A veces tengo que encerrarme acá para hablar sin que me vean, sin que me oigan, tengo que decir frases que había perdido y que ahora reaparecen y me ayudan a cubrir el pastizal, a superponer la luz de mi lengua natal sobre esta luz traducida donde respiro cada día. Y es como volver sin moverme, volver en castellano, entrar de nuevo a casa. Eso no se deshizo, no se perdió; el desierto no me comió la lengua. Ellos están conmigo si los nombro, incluso las Marías que yo fui, las que tuve que ser, que logré ser, que pude ser. Las agupo en mi sueño donde todo está a salvo todavía.

El silencio de la biblioteca parece estar fuera del tiempo. Acá las cosas no cambian. Sólo el clima, que en los días de lluvia me hace doler la pierna y hace que la renguera se me note un poco más. Las chicas me bautizaron *the pirate* («la pirata» o, quizá con más crueldad, «el pirata»), pero se cuidan de decirlo delante de mí.

Últimamente estoy teniendo un mismo sueño: me pruebo ante el espejo del local el vestido azul que nunca pude comprar. A veces, lo pago con billetes y salgo caminando entre la gente con el vestido puesto; otras veces, no lo pago y salgo corriendo, descalza. A los pocos pasos, descubro que el vestido está todo desgarrado y sucio. Pero siempre tengo la pierna sana en el sueño, y tengo el pelo largo y la ciudad donde nací sigue estando en su lugar.

Suárez & Baitos

Era mi último viaje en tren a Capital. Cuando arrancamos en la estación de Beccar, el aire tibio de verano empezó a entrar por las ventanas rotas. No pude leer el libro de Hawthorne que llevaba en el bolso. Miré pasar las estaciones como si viera todo por última vez: San Isidro, Acassuso, Martínez, los árboles enormes, mi colegio, los jardines abandonados, La Lucila, Olivos, los depósitos, Vicente López, Saavedra, los playones de los supermercados; después Núñez, Belgrano, los caserones antiguos, Lisandro de la Torre, los caballos vareándose en las pistas laterales del hipódromo, las canchas de tenis, los edificios altos, y la llegada cada vez más lenta hasta Retiro.

En el Bajo podía tomarme un colectivo —eran diez cuadras hasta Suárez & Baitos— pero preferí caminar, a pesar del calor. Subí por Reconquista, por las cuadras llenas de puestos de comida rápida, donde surgieron tiempo después tantos prostíbulos, donde Catalina y yo tuvimos que buscar a Benedicta, entre *cafishos*, enanos y olor a frito. Había poca gente por la calle. Ya estábamos en el segundo día de enero y muchos se habían ido de vacaciones.

Entrar en el aire acondicionado del edificio fue un alivio. Me arreglé frente al espejo del ascensor. Cuando se abrieron las puertas, vi una guirnalda sobre mi monitor. Se habían acordado de mi cumpleaños. También encontré una nota pegada en la pantalla. Yo era la única de las secretarias que tenía todavía una computadora en su escritorio. Aunque ya no funcionara el sistema informático, había que aparentar que seguíamos usando la última tecnología. Cuando entraba un cliente, yo simulaba que tipeaba algo en el teclado. En realidad todo eso estaba muerto hacía varios meses.

Suárez & Baitos era una compañía de inversión fundada por dos economistas de cuarenta años que habían sido muy amigos. Las oficinas estaban en los últimos pisos de la Torre Garay, sobre la calle Reconquista, a unas cuadas de la Plaza de Mayo. Lo primero que veían los clientes al salir del ascensor era mi cara detrás del escritorio y eso me obligaba a llegar temprano, estar siempre prolija, discreta y apenas maquillada. Teníamos un *tailleur* azul de uniforme que me quedaba bien. Los hombres de traje y corbata me miraban y las demás secretarias me tenían algo de envidia. Una vez las escuché decir en voz baja «es puro pelo» y, cuando me vieron, cambiaron de tema. De algunas puedo decir que éramos amigas; a veces íbamos a almorzar juntas a las Galerías Pacífico o a los bares irlandeses de la zona. Pero no pasaba de ahí.

La nota pegada en la pantalla decía «Feliz cumple Mery. Pasé temprano, te llamo a las 11». Era de Alejandro; así me llamaba él: «Mery», y así escribía mi nombre. A veces venía hasta la recepción a dejar paquetes para la compañía, y las chicas pasaban curiosas, como yendo a otro piso, pero queriendo, en realidad, comprobar que Alejandro fuera mi novio. Les costaba creer que yo saliera con un motoquero que hacía mensajería, cuando podía quizá seducir a alguno de los tantos hombres de corbata que me rondaban. A mí me gustaba que eso las sorprendiera.

Alejandro era tan buen mozo que las chicas se inquietaban cuando subían con él en el ascensor. No era carilindo. Tenía

ojos claros y era morocho, con rasgos fuertes. Se parecía un poco al actor Benicio Del Toro, parecía un tipo duro, pero era buenísimo, muy callado. Cada tanto me miraba como si estuviera a punto de decirme algo, y no decía nada, sonreía, y la cara se le transformaba, despejando el gesto huraño, introvertido. La primera vez que me invitó a almorzar me puse violeta, le dije que no podía y traté de ignorarlo como una estúpida. A él también le dio un poco de vergüenza, pero igual otro día se volvió a animar y fuimos a un restorán del Bajo. La mañana de mi cumpleaños, ya hacía casi tres meses que salíamos.

A las once me llamó desde un teléfono público; se oían los autos detrás.

—Abrí el primer cajón, te escondí algo.

—¿Qué?

—Abrí el primer cajón de tu escritorio, dale que se va a cortar y no tengo más monedas.

Adentro encontré una bolsita de terciopelo. La abrí y saqué un anillo de plata con una piedra aguamarina ovalada que habíamos visto el fin de semana en la feria del Parque Centenario. Me lo puse y le agradecí. Me encantaba ese anillo. Lo perdí ese año en los éxodos, cruzando a nado un arroyo.

—¿Pasás hoy? —le pregunté.

—A las seis no puedo, encontrémonos a las siete en el bar de Cerrito y Sarmiento.

Yo me acordé de que él quería ir a la marcha contra la intemperie que se iba a hacer esa tarde en Plaza de Mayo.

—¿Vas a ir?

—Sí —me dijo.

Nos quedamos callados un segundo. Él me había querido convencer de que lo acompañara, que no iba a pasar nada; yo lo había querido convencer de que no fuera porque era peligroso; al final, sin decirlo, habíamos llegado a un acuerdo: cada uno dejaba al otro hacer lo que quería.

—Tené cuidado, Ale.

—Sí, nos vemos a las siete. ¿Se mudan mañana? —me preguntó y, cuando le dije que sí, se cortó y no supe si me había oído.

El día pasó un poco más tranquilo que de costumbre. La gente llamaba resignada a que les dijeran que tal o cual asesor no estaba, que seguía de vacaciones; ya no tenían el apuro histórico de antes. Nadie corría con circulares del Banco Central, ni por feriados bancarios sorpresivos. La música del juego de la silla se había cortado hacía rato. Sonaba el teléfono, pero no tanto. Yo podía operar con varios llamados a la vez, contestando en castellano o en inglés. Hacía bien mi trabajo, usaba uno de esos *head-phones* para atender sin manos. A veces me daban algo para traducir y lo iba haciendo entre llamado y llamado, pero ahora iba más lento porque tenía que usar la máquina de escribir eléctrica, una IBM verde que parecía un tanque. Tuvimos que acostumbrarnos a escribir primero a mano para poder corregir todo el texto y después recién pasarlo porque si cometías un solo error tenías que empezar todo de nuevo. La única ventaja que les veíamos a esas máquinas era que, al menos, no se colgaban para siempre como las computadoras, llevándose a la tumba de los electrodomésticos toda la memoria de la vida. Como no teníamos más e-mail, hacíamos nosotros mismas el correo interno y así empezamos a vernos otra vez las caras. La gente hablaba más en los pasillos, circulaba, saludaba más. Se notaba que había menos trabajo. Decían que las cosas no estaban bien entre los socios, se rumoreaba muy por lo bajo que Baitos podía llegar a asimilar a Suárez.

A las cuatro llamó papá para decirme que había «disturbios» en el centro, que me volviera temprano. Le dije que iba a ir al cine con Alejandro y que íbamos para el otro lado, que no se preocupara. Me lo imaginé ahí sentado, con el televisor encendido, entre las cajas y los canastos ya embalados para mudarnos al día siguiente. Papá dormía y veía televisión todo el día, se ponía paranoico porque veía todos los noticieros. Habíamos tenido que suspender el cable y, como el televisor

grande no sintonizaba bien los canales abiertos, papá había rescatado del altillo un televisor en blanco y negro, chiquito y rojo, que él le había comprado a mamá los últimos días en el hospital. Lo enchufó y logró sintonizar cuatro canales nacionales. Los canales se cambiaban girando una perilla, pero, de todos modos, papá se quedó con el control remoto del otro televisor en la mano. Apretaba los botones como un tic que no se podía sacar de encima. Cuando se acababa la transmisión, se iba a dormir y no se despertaba hasta que se reanudaba al día siguiente a las once de la mañana. Encaneció, así, en pantuflas y rodeado por ese parpadeo de imágenes y ese fondo de voces y cortinas musicales.

Yo no soportaba ni media hora de televisión. Las emisoras no producían cosas nuevas y estaban recurriendo a los archivos de programas grabados, novelas, películas nacionales; los actores rejuvenecieron, los galanes recuperaron el cabello, y resucitaron los cómicos, las divas volvieron a ser rubias de veinte sin operar, los boxeadores volvieron a pelear, y daban las novelas de mi infancia, *Perla Negra*, *El infiel*, *Más allá del horizonte*. Lo bueno es que papá se reía viendo los programas de su época, los chistes sin malas palabras y las películas de escaleras de mármol y conversaciones donde decían frases como «Usted, Martita, nunca volverá a amarme».

A las cinco me cantaron el feliz cumpleaños en la sala grande. Entre todos me regalaron un bolso verde, de playa, muy lindo. Corté la torta de merengue y chocolate que pedíamos siempre a la misma casa de comidas cada vez que alguien de Suárez & Baitos cumplía años. La comimos medio rápido, parados, con vasitos de coca. Por el ventanal se veía el estuario que llegaba hasta el horizonte, el puerto con grúas y containers, la dársena norte, los cuatro diques, los demás edificios torre, el pajonal y los camalotes que se habían acumulado en la Costanera Sur y que llamaban la Reserva Ecológica. La altura del piso veinticinco permitía esa mirada geográfica. Era la vista de los hombres poderosos. Por eso habían puesto las salas

de reunión hacia ese lado. No era una linda vista, pero parecía perfecta para hacer negocios. Como si fuera un lugar en otro país, lejos del barro nacional, como visto desde un avión. Era la altura de la economía global, de las grandes financieras del aire, donde se establecían a la perfección los contactos telefónicos con las antípodas. Como si, ahí arriba en el mejor oxígeno, en la cima del mundo, pudieran tocarse la punta de los dedos con New York, con Tokio. Eran salas no muy grandes, con tres sillas y un escritorio de madera en medio, con separaciones de vidrio y persianas americanas. No se hablaba fuerte ahí. Eran confesionarios bursátiles, cubículos donde se susurraban las operaciones, las transferencias, los fondos, el perdón de los pecados tributarios. El truco del lugar era la altura, lejos del tercer mundo, el horizonte lejano, diáfano, donde podía verse, en los días más claros, la orilla de enfrente, la salvación *off shore*, el Uruguay, la ciudad de Colonia del Sacramento.

Un rato antes de salir, pasó Lorena, una de las secretarias, anunciando por todo el piso que podíamos irnos «porque parece que hay quilombo». Siempre que había disturbios en el centro nos dejaban salir más temprano. Alejandro debía estar ahí metido. Me puse unos *jeans* para no llamar la atención por la calle. No me quedaban muy bien, no eran mis Levis buenos, sino unos Tex que me había comprado en el Carrefour cerca de casa porque estaban baratos. Los tenía siempre en el cajón de mi escritorio por cualquier urgencia. Traté de escabullirme sin que me vieran, pero justo apareció Baitos y bajó conmigo en el ascensor. Era un ex *rugbier* economista, que no trataba de caerme simpático. Tenía una oreja medio machucada, era retacón y peludo. Cuando entrabas a su oficina, tenías que tener cuidado de no recibir un palazo porque estaba distraído, practicando su *swing* de golf.

—¿Cuántos cumpliste? —me preguntó.

—Veintitrés —le dije y no sé si me oyó, porque le estaba echando una miradita a mis *jeans*.

—Ojo en el colectivo —dijo—, recién escuché por radio que en Constitución dieron vuelta un colectivo y lo quemaron.

Me sentí tentada de decirle «Voy en moto», para descolocarlo, pero, al menos esa tarde, no era cierto. Nos quedamos callados hasta planta baja. Cuando se abrieron las puertas, huimos del silencio incómodo y encaramos apurados los molinetes con la tarjeta de identificación; mi molinete giró y pasé, pero el de Baitos falló y le pegó en seco. Por el rabillo del ojo lo vi que se doblaba. Saludé a la gente de seguridad y fui hasta la puerta. Él, por fin, logró pasar y fue hacia la cochera donde guardaba su auto que, según decían, era blindado.

Afuera hacía un calor horrible y lento. El sol todavía picaba en los hombros. Me hubiese gustado que Alejandro me pasara a buscar con la moto como otras veces. Yo me subía y arrancábamos y veía nuestra imagen reflejada en los paneles espejados de la Torre Garay. Mi cara apoyada contra su espalda. Mi pelo volando hacia atrás. Me gustaba ir así. Cerraba los ojos para sentir solamente la aceleración que me sacaba de ese lugar, que me alejaba, una fuerza, un movimiento que se mezclaba con mis ganas de fugarme, de cambiar de aire.

Subí caminando por Sarmiento. La calle estaba alfombrada con volantes. Agarré uno. Decía: «La intemperie que el Gobierno no quiere ver». Tenían fotos de una cuadra antes y después de la intemperie. En el *antes* había casas, una al lado de la otra, y en el *después* se veían sólo los baldíos. Lo tiré por si me agarraban con eso encima. Pasó un tipo en cuero, usando como tambor un tacho de basura de los de plástico. Para el lado de la Plaza se oía el latido enorme de los bombos. Como estaba a tres cuadras, no me preocupé mucho, hasta que vi pasar a la montada. Primero oí el repiqueteo de herraduras contra el asfalto y después vi pasar los caballos alazanes al galope. Los policías ya venían amenazando con el látigo. Vi que los otros corrían y corrí hasta la esquina. Pasaban chicos con la cabeza envuelta en

una remera, pasaban tipos de corbata con el saco en la mano, eufóricos. Lo de siempre. En cada marcha contra la intemperie pasaba lo mismo. Me apuré hasta Cerrito. Quería encontrarme con Alejandro y nada más. Unos tipos arrastraban carteles de «Hombres trabajando» para hacer una barricada. Otros trataban de romper un vidrio y no podían; los cascotes y los pedazos de baldosas rebotaban, haciendo ondular el reflejo como si fuese agua. Se oían frenazos de autos y después explosiones o tiros. Ahí me empecé a asustar. Pasaron más tipos corriendo, y chicas también. Yo me quedé al lado de unos fotógrafos. Pasó un camión hidrante y nos escondimos en la entrada de un departamento pero nos mojaron igual.

Crucé la 9 de Julio y casi me pisa un auto porque algunos iban a contramano o giraban rápido en «u». Corrí hasta el bar. Afuera estaban los mozos de saco blanco que habían salido a la vereda para mirar. Me conocían de vista, porque nos encontrábamos seguido en ese bar con Alejandro. Uno de ellos agarró un fierro y empezó a decir:

—¡Que vengan, que vengan!

Los otros se rieron. Parecían contentos. Adentro no había nadie. Todavía no eran las siete. Así que me quedé ahí con los mozos, que me miraban de reojo porque yo tenía la musculosa mojada. Vimos pasar a toda velocidad, hacia el lado de la plaza, unos autos con las ventanas abiertas y caños de armas largas que asomaban hacia afuera. Se oían disparos, vidrios, gritos. Me empezaron a picar los ojos y la garganta. Tardé en darme cuenta de que era el gas que ya se estaba esparciendo por todos lados. Les pedí agua a los del bar y me trajeron un vaso, pero no logré sacarme el gusto ácido de la boca y la garganta. Me dijeron que mojara el pañuelo y me tapara para respirar. Eso me mejoró un poco. A media cuadra del bar, un McBurger estaba en llamas. Los mozos bajaron la persiana de metal para evitar problemas. Cuando estaban cerrando la puertita más baja, me invitaron a meterme dentro con ellos; insistieron bastante, diciendo:

—Dale, rubia.

Preferí quedarme afuera. Pasaron dos chicas, una ayudaba a la otra que tenía sangre en la cara. Alejandro no venía y lo odié por haberme hecho meter ahí. Se oyeron más disparos. Me acurrulé detrás de un árbol, frente a un local. Contra las persianas metálicas golpeaban piedras o pedazos de cosas. Yo pensaba: «No tengo nada que ver, no me puede pasar nada, vengo a encontrarme con mi novio». Hasta que vi pasar una camioneta de la policía con un tipo muerto atrás. Algo me pegó cerca y un vidrio, a mi espalda, se rajó con forma de telaraña. Me vi rota en el reflejo, como hecha pedazos. Me acordé de que no había traído el documento. Entonces escribí en un papelito: «Soy María Valdés Neylan», anoté mi número de documento, la dirección de casa y el teléfono, y me lo guardé en el bolsillo del *jean*. Tenía miedo de que me mataran y que no supieran quién era.

Hice el gesto de buscar en el bolso mi teléfono celular para llamar a alguien. A veces me olvidaba de que ya no lo tenía, me quedaba el hábito de tenerlo siempre encima. Escuché un ruido, un galope, y pasó a mi lado un caballo de la montada desbocado, sin jinete. Alejandro no venía. No sé cuánto tiempo pasó. Pensé en irme. En buscar un baño. Pero no me podía mover. Me quedé ahí en cuclillas, llorando, y me hice pis. Pensé que a Alejandro le había pasado algo, que lo habían llevado preso o que él había llevado a alguien al hospital. No me podía quedar más ahí. Me fui caminando, con una mezcla de pánico y bronca. Se me debía ver el jean mojado. Quería cambiarme, lavarme la cara, debía tener los ojos hinchados y el maquillaje corrido. Me sentía fea, sucia. Llegué hasta Callao pisando vidrios rotos. Llamé por un teléfono público a lo de Alejandro para ver si estaba ahí, pero no me contestaba nadie. Pasaba gente cargada con fardos de ropa nueva, con estéreos, videos, licuadoras. Los dueños de algunos locales estaban armados detrás de las persianas a rombos. En Lavalle me tomé el 60 del Bajo y a las nueve estaba en casa.

Esa noche tuve un sueño largo, sin nadie; sólo veía cosas que parecían vivas, materiales que cambiaban. Unos charcos en una azotea y la lluvia que caía, todo mojado, el agua filtrándose en la estructura de hormigón y adentro el hierro oxidándose, largando chorreaduras negras, hinchándose hasta quebrar la mampostería. Veía grietas donde anidaban unas palomas y dejaban semillas que se hacían plantas de raíces expansivas, raíces apretadas que rajaban la losa, arbolitos que se abrían paso en el verdín de una cornisa. Podía ver un arañazo en la pared descascarada, la junta de los ladrillos lavándose en el aguacero, el ácido del tiempo que arruinaba las capas de pintura, las aureolas del óxido creciendo...

Sonó el despertador. Ya eran las siete y a las ocho venía el camión. Le toqué la puerta a papá para que se despertara. Desde el teléfono de la cocina, volví a llamarlo a Alejandro y me atendió el hermano.

—¿Está Ale, lo viste?

—No, no vino. Pero me llamó a las seis de la mañana.

—¿De dónde te llamó?

—Desde la calle. La policía le confiscó la moto y ahora se iba a ver si la recuperaba.

Me tomé un café y me puse a guardar las últimas cosas, pensando que, al menos, no lo habían metido preso y que andaría por ahí buscando su moto. Guardé el televisor rojo en una caja, donde entraron también unas bandejas y la cafetera eléctrica. Cosas que habían quedado sin vender en la feria americana el fin de semana anterior. Había puesto unas mesas en el patio de adelante. El departamento donde nos íbamos a mudar era más chico que la casa, y no entrábamos con tantos cachivaches. Papá hizo un gran esfuerzo para no decirme nada, no quería ni ver cuando vacié los placares de mamá. Se arrimaron algunos curiosos y vendí varios portarretratos, mi ampliadora y unas bateas

para revelar, unas mesitas de jardín, el juego de chimenea, el microondas, algunos adornos y bastante ropa. Me agarré para mí unos vestidos de mamá, con diseños psicodélicos, y unos soleros medio *hippies* que me vinieron bien porque me estaba quedando sin nada que ponerme. Yo tenía su mismo talle. Si hubiese sido por mí, me hubiese mudado con mi cama, mis libros, mis discos de música celta, un poco de ropa y mi sobre de fotos; no necesitaba más que eso. Quedaron muchas cosas que tuvimos que dejar en la casa porque no entraban en el departamento. Era un tres ambientes en Barrio Norte que había sido de mi abuela Rose y que estaba alquilado desde su muerte hacía varios años. Quedaba casi en la esquina de Peña y Agüero.

Había ido al departamento días atrás para combinar la entrega con los inquilinos, un matrimonio joven, al que papá y yo llamábamos «los Salas»; él era un tipo prolijo, de anteojos, y ella una gordita contenta que saludaba siempre desde la cocina mientras arreglábamos las cuentas en el comedor con el marido. Pero esta vez los encontré a los dos esperándome en el living, muy asustados. Me dijeron que habían cambiado de idea. Me pidieron por favor que les renovara el contrato porque no tenían dónde ir; nadie les alquilaba nada en Capital. No había lugar. A mí me dio pena pero, a la vez, papá y yo teníamos derecho a vivir ahí porque éramos los dueños. Al final hablaron por teléfono con papá y él los dejó mudarse a nuestra casa en Beccar por un alquiler bastante bajo.

Cuando estuvo todo cargado en el camión de mudanza, papá dio una última recorrida por la casa vacía, para ver si no nos olvidábamos de nada, y cerró la puerta con llave, tragándose cualquier comentario. Seguimos al camión en un remise. No hablamos una palabra hasta que papá le dijo de mal modo al chofer que pasara al camión porque necesitábamos llegar antes.

—Tenemos que avisarle al portero —me dijo excusándose.

Yo creo que lo puso mal lo mismo que a mí: esa lentitud forzada por tener que seguir a otro auto, y nosotros dos en el asiento de atrás, callados... Se parecía al día del entierro de

mamá. Por suerte el remisero aceleró. Cerca del Planetario, papá dijo:

—Espero que estemos haciendo bien.

A mí me sonó como «Más te vale que no te hayas equivocado». Porque yo lo había convencido de que teníamos que mudarnos. Fue Alejandro quien me advirtió del avance de la intemperie. Me contó que a su amigo Víctor Rojas se le había desmoronado su casa recién construida en Cañuelas. Me dijo que estaba pasando lo mismo en todo ese cinturón del conurbano, por Florencio Varela, La Matanza, Tigre. «Decile a tu viejo que venda la casa. Si sigue así, en noventa días está por tu barrio», me había dicho.

Al principio, papá no me quería creer, decía que si no aparecía en la televisión, no era cierto. En algún noticiero se habló del tema, pero no decían la palabra *baldío*, que parecía estar prohibida, decían «área de replanificación». Después se dio cuenta cuando empezaron las publicidades del «Plan de Estabilización de la Vivienda Familiar». Ahí empezó a preocuparse. Anunciaban que se iban a distribuir materiales de construcción de gran durabilidad, pero sólo llegaron unas chapas que la gente trató de unir con alambre. También repartieron, en camiones cisterna, un líquido viscoso con el que aconsejaban recubrir fachadas y medianeras para evitar la erosión. Papá hizo llenar un tacho grande y revistió las paredes sin ganas, porque se dio cuenta de que no era más que un simple barniz. Cuando quisimos vender la casa, ya era tarde. Nadie compraba propiedades fuera de la Capital.

Cuando llegamos en el remise, unos chicos se abalanzaron para abrirnos la puerta, se pelearon. Nos pedían una moneda, comida. Casi no se podía caminar por la vereda, había gente desesperada por todos lados, gente acampando contra las paredes de los edificios, bajo chapas, cartones, toldos. Los ranchos ocupaban toda la vereda y la gente se sentaba y cocinaba en la calle, tratando de no ponerse en el camino de los autos que pasaban despacio para no pisar a nadie.

El camión llegó y empezaron a bajar nuestros muebles a la vereda. Por un rato pareció que nosotros también nos habíamos quedado en la calle. Inquietaba un poco esa transición, el desalojo momentáneo. Parecía que había que hacer las cosas rápido, si no, uno podía quedarse afuera. Los peones de mudanza bajaron del departamento los muebles del matrimonio Salas, los cargaron al camión y subieron los nuestros por el ascensor. Sólo cuando estuvimos dentro y cerré la puerta, pude tranquilizarme un poco.

Iba a llevarnos un tiempo sentirnos cómodos. Yo me agarré el cuarto que había sido de la abuela, y papá armó su cama donde había sido el escritorio. Pero los muebles parecían estar fuera de lugar, no coincidían con las manchas amarillas que habían dejado en las paredes los muebles de los Salas. Una mesita que en casa quedaba muy bien en la entrada, ahora parecía diminuta en un rincón, desnuda. Daba frío, casi.

Cuando estábamos deshaciendo las valijas, lo vi a papá mirándome emocionado.

—Estás muy parecida a tu mamá. Recién te vi de reajo, así, con ese vestido, y me pareció verla a ella cuando andaba por la casa ordenando.

Pensé que quería que le diera un abrazo, pero, cuando me acerqué, se dio vuelta para seguir sacando su ropa. Le puse la mano en la espalda.

—Vamos a estar bien acá, Pa.

—Sí —me dijo, sin mirarme. No le gustaba el departamento.

Al rato, mientras yo limpiaba unos cajones forrados con papel de diario, vi una foto de mamá. Saqué la hoja. Era un aviso fúnebre en el diario *The Celtic Cross*, de la colectividad irlandesa. Decía «Margaret Neylan de Valdés (q.e.p.d). Su madre Rose, su esposo Antonio Valdés y su hija María Valdés participan con dolor su fallecimiento y ruegan una oración en su memoria». Me acordé del momento exacto en que me dijeron que mamá había muerto. Yo tenía doce años. Hacía un mes que ella estaba en el hospital aunque a mí me había parecido

mucho más. El día de mi cumpleaños me había dejado subirme a la cama con ella. Papá a veces venía a casa, cuando no se quedaba en el hospital a dormir. Aparecía en horarios raros, se bañaba, buscaba ropa y volvía. Para cuidarme, se turnaban mi abuela y una cocinera que se llamaba Vilma, como la de los Picapiedras. Un día volví del colegio y, cuando entré por atrás, por la cocina, Vilma me dijo: «¿Te dijeron que murió tu mami?» Sentí el golpe, el sacudón por dentro, y le dije a Vilma que sí, que sabía, y no era cierto. Subí las escaleras corriendo y me tiré en su lugar de la cama. Lloré hasta que me quedé dormida y me despertó papá cuando ya era de noche.

Ahí estaba el recorte con la foto y la fecha. Seguramente lo había guardado mi abuela. El diario habría quedado años en algún placard y los Salas después, sin saber, lo habían usado para forrar los cajones. Lo guardé entre mis cosas, sin mostrárselo a papá. En una semana iba a ser el aniversario de su muerte; sentí ese peso, justo debajo del esternón.

Papá desconectó el portero eléctrico porque constantemente tocaban el timbre para pedir comida, o zapatillas viejas, o preguntaban si alquilábamos un cuarto para pasar la noche. Durante el día, los ruidos de la calle llegaban como un conjunto de voces, motores y bocinas; pero de noche subían hasta ese sexto piso sólo los ruidos de los ranchos: los llantos, las carcajadas, las peleas que parecían estar sucediendo delante de uno, los tachos que se caían o los tiraban, un estruendo de latas y puteadas.

Varios días estuve sin saber nada de Alejandro. Ya antes habíamos pasado un día o dos sin llamarnos, pero esto era distinto. Fui dos veces a la mensajería donde trabajaba, para ver si lo encontraba, pero me decían que no había ido. Le dejé un mensaje en un papelito doblado: «Ale, llámame, no entiendo qué pasa». Ese silencio me volvía loca, me llenaba la cabeza de palabras y teorías.

Tuve que ir al banco a cambiar unos dólares que papá había guardado en una media. La cola llegaba hasta la puerta, no avanzaba, y yo estaba atascada en mis propias suposiciones. Creía que Alejandro no quería verme más, que se había aburrido de mí. Imaginaba que me decía cosas que nunca me había dicho: que era demasiado cheta, que vivía en una burbuja, que me resbalaba todo, que me gustaba demasiado el shopping. Y entonces le contestaba, me peleaba con su fantasma, diciéndole que yo lo mantenía a papá y trabajaba todos los días y tenía derecho a comprarme lo que quisiera cuando tenía algo de plata y que, al fin y al cabo, a él le había encantado que yo le regalara ese perfume Armani... O quizá por el cansancio de estar ahí parada, me daba por vencida, porque era mejor así, porque siempre había sabido que algún día se iba a terminar porque no podía durar siendo los dos tan distintos, y cuánto tiempo —hasta empezar a odiarlo o a odiarme— me iba a aguantar ese pellizquito de realidad, ese vértigo, en cada «she» cuando decía *posho* o *pashaso*, sólo ese sonido saliendo de su boca que marcaba la distancia que nos separaba, que me dolía, porque era cierto, era un error, pero qué lindo error, qué lindo tipo, el hombre más lindo que había conocido, tan reservado, misterioso, y de golpe estaba segura de que me quería quedar con él, que nada nos iba a separar, que podía funcionar, ¿por qué no?, después de todo...

Pasé varias veces del amor a la bronca, y la fila seguía inmóvil. Para no pensar más, me puse a leer el libro que llevaba en el bolso. La gente se puso más impaciente. Cuando saqué el libro y me sumergí en la historia, los que estaban detrás empezaron a resoplar y a quejarse por la demora. La placidez autista de la lectura provocaba irritación. El hecho de que alguien leyera en la fila parecía demorar aún más las cosas. Quizá cuanto más rápido se le pasaba a uno la espera, más lento se le pasaba a los demás. Al rato, se me acercó el guarda y me dijo:

—No se puede leer en la fila, señorita.

—¿Por qué? —le pregunté, y un tipo que estaba más atrás, con la aprobación de todos, dijo:

—No se puede leer, querida, si estás esperando estás esperando.

Me fui a buscar una casa de cambio con menos gente, pero en todos lados estaba igual. La fila en la que me puse se empezó a deshacer. Alguien se había desmayado, y empezaron a decir que unos se estaban colando, entonces otros fueron a tratar de evitarlo, y se adelantaron y se colaron porque, total, todos se estaban colando, y un viejo gritaba que las filas eran dos, pero era un gran embudo de empujones y mal humor frente a la única ventanilla abierta. No se podía organizar ni discutir nada, empezaron los tirones, los manotazos, y quedé atrapada en un enredo de gente que se agarraba de la ropa, dos tipas enfurecidas tirándose del pelo, unos tipos ahorcándose de la corbata, tratando de pegarse rodillazos sin lograrlo, porque en la aglomeración no se sabía bien de quién eran esas piernas o el codo que asomaba y una mano de ahogado, desesperada, que en el forcejeo nadie notaba.

No sé cuántos días pasaron así, entre filas, calor, incertidumbre, hasta que el hermano de Alejandro me llamó para decirme que Ale estaba en Campo de Mayo; lo habían enrolado. No entendí hasta que me dijo que estaba haciendo la conscripción. Me chocó tanto como si me hubiera dicho que se había metido a cura.

—¿Por qué hizo eso?

—No lo hizo, te obligan, ahora el servicio militar es obligatorio —me dijo—. Dentro de poco me toca a mí. Ale me pidió que te avise que está bien, cuando pueda te va a llamar.

No lo podía creer. Yo había querido enfrentarlo a Alejandro, preguntarle qué le pasaba, pelearnos un poco, replantear las cosas, pero esto me dejaba muda, me sentí casi ridícula con mis diálogos mentales girando en falso y para nada, y sin poder evitar que el pobre Alejandro estuviera ahí encerrado, cortando el

pasto al sol, o haciendo flexiones, o cosas peores, con armas. No sabía qué pensar.

A la mañana, en Suárez & Baitos me crucé con Lorena, que bajaba a comprar carbónicos para tipear cartas en las máquinas viejas, porque no andaban las fotocopadoras. Después, Baitos le pidió también que lavara las tazas de la sala de reuniones.

—Yo no soy la mucama —me decía, susurrando enojada.

—A mí me pidió que cambiara el botellón de agua —le dije yo—. Era tan pesado que me tuvo que ayudar Daniela.

—Si no quieren pagar mantenimiento ni limpieza, que no paguen, pero que no pretendan que hagamos todo nosotras.

Nos quedamos calladas porque venía Baitos por el pasillo con una espada en alto. Se le había roto el tornillo que ajustaba el filo de la guillotina de papel, y estaba recorriendo todo el piso buscando un repuesto con el filo en la mano, haciendo el chiste de que estaba por cortarle la cabeza a alguien.

Al mediodía, comí rápido mi tupper de ensalada en la cocina, mientras Daniela me cubría en la recepción hasta las dos.

—¿Querés venir a Galerías Pacífico? —le pregunté a Lorena.

—No, me da fiaca.

—Vamos a mirar, nomás. No compramos nada.

—A las tres viene mi tía, tiene cosas nuevas.

—¿Va a traer de esos pantalones negros?

—Sí, seguro. Pero yo no me puedo comprar nada. Hasta que no baje un gramo no me compro un solo pantalón.

Su tía venía a vender ropa en el baño, y nos pasábamos una hora probándonos minis, pantalones y remeras, paradas sobre la tapa del inodoro para mirarnos bien en el espejo.

Al salir a la calle, el aire caliente me pegó como un enorme secador de pelo. Tenía que entrecerrar los ojos por la luz; el sol parecía brillar desde abajo, desde el resplandor de las veredas y el reflejo de los rieles de tranvía que todavía asomaban en algunas

partes bajo el asfalto. Quería probarme un vestido azul que habíamos visto con las chicas y que yo había pensado comprarme para mi cumpleaños. Cuando llegué, la vidriera estaba dis tinta. Miré bien y ahora el local se llamaba Hendy. Al lado había un cartelito de papel que decía «Ramírez se mudó a Florida 633». Caminé por Florida esquivando gente. Avanzaba despacio porque los vendedores ambulantes habían levantado puestos con caños y lonas en medio de la peatonal. Por fin di con la casa de ropa. Ahí estaba el vestido azul en vidriera.

Me costó animarme a entrar; tenía que simular que realmente podía comprarlo. Quería ver cómo me quedaba. En la fiesta de fin de año de Suárez & Baitos, me había sentido mal vestida con una pollera lila, una musculosa y sandalias. Hubiese estado muy bien con ese vestido. Faltaba un año para que se repitiera la fiesta y, quizá, si la situación mejoraba... Todavía pensaba cosas así. Entré y puse cara de piedra cuando la vendedora me dijo que costaba doscientos setenta pesos. Calculé que, reservando por mes algo de plata de las clases particulares de inglés que daba, podría pagarlo para diciembre y tenerlo para la fiesta de fin de año. Me lo probé rápido, porque tenía que volver a la oficina, y porque me parecía que oía toses y que me espiaban por los ventiletes del cambiador. Me quedaba casi perfecto, había que tomarlo un poco de la cintura, apenas. Tenía una mariposita verde en uno de los breteles. Pensé en Alejandro, quería que me viera con ese vestido. Me sentí mal. Él atrapado en el ejército y yo probándome ropa para una fiesta imposible. Me fui rápido sin escuchar las explicaciones de la vendedora que me decía que se podía pagar en cuotas.

Llegué cinco minutos tarde a la Torre Garay y vi que estaban todos abajo, en la vereda, todo Suárez & Baitos, y los empleados del estudio contable, y unos bomberos, y las secretarías de uniforme *beige* de la compañía de seguros. Pensé que era un simulacro de evacuación, pero había habido una amenaza de bomba.

En casa encontré el vidrio de la puerta de calle roto. Subí en ascensor. Se oían discusiones y gritos en todos los pisos. La puerta de nuestro departamento estaba abierta. Papá discutía en el living con unos hombres de traje y una mujer de anteojos, dientuda. Cuando me vio, papá me dijo:

—María, llamé a la policía que esta gente se quiere meter en nuestra casa.

Pero decían que ellos eran la policía, que tenían órdenes de acomodar a familias en casas donde hubiera más de un ambiente por persona. Yo no sabía qué hacer, papá gritaba que estaban invadiendo una propiedad privada y sacudía un cuchillo enorme de cortar verdura. Le pedí que lo bajara. Se notaba que los hombres tenían armas bajo los sacos. Me di cuenta de que la mujer dientuda era en realidad un hombre cuando escuché su voz. Decía que era sólo por una noche. Se oían ruidos en la cocina. Entré. La familia que querían acomodar ya estaba ahí. Eran una mujer y tres chicos que lloraban asustados. Los hombres se fueron y papá empezó a patear los muebles, a dar vuelta la casa con rabia. Nos quedamos en la cocina con la mujer, mirándonos de vez en cuando sin decir nada, esperando que papá terminara de descargar su furia. Cuando escuché que se había calmado, fui al living y lo encontré sentado. Tuve que abrirle la mano dedo por dedo hasta que le saqué el cuchillo.

Esta gente ocupó el comedor. Tenían unos colchones de goma espuma. Usaban el baño de visitas y compartíamos con ellos la cocina en distintos turnos. Podían salir por la puerta de servicio, les dimos instrucciones de que no dejaran entrar a nadie. Pero no salían nunca.

Al final no era tanto lo que habíamos perdido. El comedor nunca lo habíamos usado, comíamos en el living viendo televisión. Nos separaba de ellos una puerta corrediza. No los veíamos pero oíamos los berrinches de los chicos y los retos de la madre

que trataba de hacerlos callar. A veces, cuando ella dormía, los chicos abrían un poquito la puerta corrediza para mirar televisión. Papá los chistaba y cerraban, pero al rato volvían a abrir. Tenían comida. Yo les compré jabón, champú y papel higiénico. Estuvieron poco tiempo, hasta que un día vino el marido de ella a buscarlos.

Como ya nos habíamos acostumbrado a no usar el comedor, decidimos alquilarlo por poca plata ni bien alguien nos preguntó si teníamos lugar. Vinieron unos hermanos, gente mayor, que se notaba que hasta entonces habían tenido un buen pasar. Ella se llamaba Irene, no recuerdo el nombre de él. Irene tejía mucho y dejaba las madejas en la cocina. Les habían ocupado un viejo caserón que tenían sobre la calle Rodríguez Peña y se habían quedado con lo puesto. Eran silenciosos. A veces, parecía que no había nadie, hasta que se oía una tos o el ruido del diario que el hermano de Irene parecía leer y releer.

El vidrio de la puerta de calle fue reemplazado por un chapón de acero. Fuimos a la reunión de consorcio. Había una señora que no paraba de lamentarse:

—Éste era un barrio de categoría —repetía, hasta que un tipo se hartó y le contestó:

—Categoría de prostíbulo, señora. Barrio Norte es el lugar donde más putas hay por metro cuadrado, disculpe la expresión.

—Pero son calladitas —dijo ella.

Entre todas las discusiones absurdas, lo que pudieron sacar en limpio fue que en casi todos los edificios del barrio había pasado lo mismo: se habían forzado las casas y se había metido gente. Como se sospechó que nuestro portero había sido cómplice, lo echaron. A partir de ahora un grupo de hombres del edificio se turnaría para hacer guardia en la puerta, con palos y con un arma que ofreció uno de los vecinos.

—Están por todos lados —decían—, parece que al Shopping Alto Palermo lo coparon, viven por los pasillos, los locales; es un conventillo...

En casa la heladera estaba vacía. Fui a preguntarle a papá qué quería comer, porque iba a bajar a comprar algo. Estaba dormido. Dormía todo el tiempo que no había televisión. Habían reducido el horario de señal a dos horas: de doce del mediodía a una de la tarde, y de ocho a nueve de la noche, porque decían que estaban haciendo «tareas de mantenimiento en una central eléctrica», pero se sabía que eran cortes programados. Entonces papá dormía casi veinte horas. Se bañaba, veía la televisión del mediodía, después hacía una larga siesta hasta la noche, veía los noticieros cenando conmigo y se volvía a dormir. Yo trataba de dejarle algo preparado para almorzar cuando me iba a la mañana.

El supermercado de la vuelta parecía un almacén. Encontré algunas góndolas vacías y unas marcas que yo nunca había visto: gaseosas Teem o Crush, un vino Trapal que papá terminó tomando, unas medias gruesas y toscas, unas toallitas que venían sin adhesivo, un papel higiénico áspero y de color verde claro; todo con unos envoltorios de cartón con diseños como pintados a mano. No había comida congelada, ni helado en potes. La gente trataba de adelantarse al empleado que remarcaba los productos. Algunas cosas tenían tres o cuatro precios superpuestos. Daban ganas de comprar cualquier cosa que estuviera sin remarcar. Algunos se abalanzaban sobre latas de palmitos, o cajas de té, o compraban aceite para un año. Cualquier cosa que tuviera un cero menos.

En casa puse la fruta en una fuente, sobre la mesa de la cocina. Una de las naranjas me llamó la atención. Si la miraba constantemente, no notaba ningún cambio, pero si la miraba cada diez minutos, notaba que se iba achicharrando. Primero, se desinfló un poco, la cáscara se fue poniendo rugosa, le empezó a salir desde adentro un moretón, que se abrió después en un agujero que fue creciendo con un borde verde y se ahuecó. Antes de que cayera la noche, la naranja era un pellejo seco, irreconocible, sobre la mesa.

A la salida del trabajo, fui a ver si encontraba al hermano de Alejandro. Tenía la esperanza de que lo del ejército fuera una mentira y que Alejandro estuviera ahí en su casa, en Almagro. Casi prefería sorprenderlo con otra chica a aceptar que lo habían enrolado. El 92 iba doblando en las esquinas y en cada giro se me ocurría otra cosa. Si había otra chica, yo podía increparlo, podía convencerlo de que se quedara conmigo, o al menos intentarlo. En cambio, el ejército era algo contra lo que no podía hacer nada. Avanzábamos despacio. La calle Bulnes estaba casi intransitable por los asentamientos en la vereda. En algunas partes, el colectivo pasaba justo, rozando las casillas de cada lado.

Tuve que tocar un rato largo la puerta de calle hasta que me abrieron y me dejaron pasar. No andaba el ascensor. Había familias durmiendo en el *hall* de cada piso. El hermano me abrió la puerta sorprendido. Me dijo que Alejandro seguía en Campo de Mayo. Me invitó a pasar, pero preferí quedarme en la puerta porque no quería que pensara algo equivocado, no sé, estaba en cuero, se notaba que se había puesto un pantalón de fútbol a las apuradas y tenía mucho aliento a cerveza. O quizá era yo la equivocada. Le pedí que me contara todo lo que sabía. Me dijo que Alejandro había estado detenido con su amigo Víctor por repartir volantes de la intemperie. Los agarraron en la manifestación. La policía, antes de dejarlos ir, los había interrogado, y a Alejandro le retuvieron la moto. Cuando preguntó cuándo la podía ir a buscar, le dijeron que fuera directamente al Regimiento de Patricios. Aunque le pareció raro, ni bien lo largaron, se presentó porque sin la moto no podía trabajar. Lo hicieron esperar en una oficina varias horas hasta que entró un milico y, sin dejarlo hablar, le pidió el documento. Le dijo que estaba dentro de la franja de generaciones convocadas para el servicio militar, que había nuevas medidas, y lo llevó hasta una fila de tipos en el patio. Alejandro se quiso ir pero los soldados que organizaban la fila lo reubicaron a

culatazos. Le hicieron una revisión médica de la que salió apto, lo obligaron a afeitarse y lo raparon. Esa misma tarde, lo trasladaron con su batallón a Campo de Mayo. Sólo le habían dejado hacer un llamado.

—¿Y cuándo sale?

—No sé.

—¿Y no puedo visitarlo?

—No, no es una cárcel.

Mientras me volvía caminando, esas palabras me hacían eco. *No es una cárcel.* Es peor. Por la avenida Corrientes, quedé en el fuego cruzado de una pelea entre las casillas de las dos veredas. Volaban cascotazos que estallaban contra las chapas. Corrí calle abajo. Me pareció escuchar silbidos de bala. Ya se estaba haciendo de noche.

Paré un taxi y le dije que doblara por Gallo. Íbamos despacio, en una sola fila de autos entre los asentamientos. Los huecos y ventanas quedaban a la altura de las ventanillas del taxi. Adentro, las familias miraban televisión, había gente durmiendo en catres y colchones.

En la esquina de Ranqueles, estaban haciendo un operativo policial. Miraban con linternas dentro de cada auto y pedían documentos. Algunos estaban parados con la ametralladora cruzada contra el pecho. Cuando nos tocó pasar, le pidieron documentos al taxista, le hicieron abrir el baúl, después me pidieron los documentos a mí, me encandilaron con la linterna, iluminándome la cara y todo el cuerpo de arriba abajo varias veces, me preguntaron dónde iba y me dijeron que no me olvidara del toque de queda.

En casa no había luz; empecé a subir a tientes por la escalera y, cuando iba por la mitad, volvió de pronto. Lo encontré a papá con el televisor encendido.

—Se está armando la rosca —me dijo.

Las imágenes mostraban gente con metralletas, gente corriendo entre los árboles y un tipo al que lo descolgaban de los pelos por una tapia.

Yo ya no quería saber nada. Me tiré en la cama hasta que se empezó a oír un ruido y salimos al balcón. Unos tanques y una topadora avanzaban sobre las casillas, obligando a la gente a salir. Las familias huían como podían y las máquinas trituraban despacio los asentamientos, sin detenerse. Los vimos pasar por debajo de casa, y por varias horas se siguieron oyendo gritos, corridas y una vibración que hacía temblar el piso. Al día siguiente, camino al trabajo, vi lo que quedaba: parecía que un huracán había arrasado las casillas, y había dejado plazas y calles desiertas con una pila de medio metro de basura y chapas aplastadas.

En Suárez & Baitos empezó a verse más movimiento. Algunos asesores volvieron de sus vacaciones en Punta del Este con un bronceado saludable que a la tarde ya se les había transformado en un color hepático y cansado. Había trabajo. Sonaba mucho el teléfono; yo transfería llamados, organizaba las salas de reuniones y pasaba a máquina cartas que intentaban infundir confianza en los inversores.

Algunos asesores y socios, que habían perdido sus casas o estaban a punto de perderlas por la intemperie, se habían mudado al piso 26 de la Torre Garay, justo encima de Suárez & Baitos. Durante un tiempo, el piso 26 había estado en obra para habilitar más oficinas, pero ahora lo había comprado la compañía y habían transformado medio piso en departamentos con habitaciones y un gran living común para los familiares de los dueños. La mujer y los hijos de Baitos aparecían por las oficinas para usar el teléfono y pasaban sin saludar. Daniela tuvo que llevar un sobre a la azotea; cuando bajó, nos contó que arriba había pileta y helipuerto. Supongo que para ellos la Torre Garay se parecía a esas torres familiares que se habían multiplicado en la Capital desde que la provincia se había vuelto peligrosa. Esas torres como clubes verticales, donde había pileta,

solarium, gimnasio, guardería, cine, sauna, y donde la seguridad estaba garantizada por una reja perimetral, dos guardias y, sobre todo, por la lejanía de la altura.

Trajeron un grupo electrógeno para los ascensores y el aire acondicionado. Se encendía automáticamente cuando se cortaba la luz. El paso de una forma de energía a otra se sentía en los ascensores con caídas mínimas, aceleraciones y frenadas. Los clientes aparecían pálidos al abrirse las puertas frente al escritorio de entrada. El primer día que lo instalaron, tuve que buscar una escalera para ayudar a dos americanos a salir, porque el ascensor se detuvo en la mitad de un piso. A pesar de todo, Suárez estaba orgulloso de la adquisición del grupo electrógeno. Entré en su oficina para avisarle que algo estaba andando mal y lo escuché decir por teléfono:

—Quedate tranquilo, de acá no nos movemos. ¿Qué puede pasar? ¿Cortan todas las rutas? Compramos diez helicópteros. ¿Aumenta la temperatura de la tierra? Compramos el aire acondicionado más grosso que exista...

Le hice señas de que después volvía y me pidió que me quedara.

—Pero sí... Escuchame, mientras la cosa se mueva, no levantamos campamento ni en pedo.

Hablaba por teléfono y me miraba sin disimular, pasándose la mano por el pelo rizado o tocándose la nuez de adán. Siempre me hacía lo mismo. Como si dijera: «No te vayas, quedate ahí parada que te quiero mirar un rato». A veces le explicaba algo y me daba cuenta de que no me estaba oyendo y me respondía con una sonrisita libidinosa, como invitándome a otra cosa. Era un baboso. En la compañía era una celebridad, no tanto por ser uno de los fundadores, ni por ser demasiado inteligente, sino porque ganaba todos los torneos de golf. Era menos trabajador y menos confiable que su socio, Baitos, pero era el mejor golfista y eso le daba un halo de admiración que se percibía cuando llegaba o cuando hacía un chiste. Yo había sido su secretaria hasta que pedí el cambio y

Baitos me dejó pasarme a recepción. Me había cansado de la desprolijidad de Suárez, de que me tirara textos mal redactados a última hora, diciéndome: «María, ponle las comas a esto, *please*». Quizá no debería decir estas cosas por la forma terrible en que terminó su vida.

Le hice señas de que ya volvía y me fui a mi escritorio. El teléfono parecía estar sonando hacía rato.

—Suárez & Baitos, buenas tardes.

—Mery.

—¿Ale?

—Escuchame: estoy afuera, no me llames. Nos vemos a las seis y cuarto en Alem y Tucumán —dijo y cortó.

No podía creer que fuera él, me habló tan rápido que tardé en entender lo que me había dicho.

A las seis, salí corriendo. Lo esperé ahí parada en la esquina, asustada por su tono seco, apurado, cifrado. ¿Qué quería decir «Estoy afuera, no me llames»? Me daba bronca que no me hubiera avisado antes, porque me habría gustado ponerme linda, no me había lavado el pelo y lo tenía aplastado.

Por la avenida empezaron a pasar *jeeps* del ejército, con soldados armados. Yo lo buscaba entre las caras, me parecía raro, no sabía si iba a aparecer de civil, caminando por la vereda, o si se iba a bajar de un *jeep* vestido de uniforme, y cómo iba a hacer para que lo dejaran irse. No terminaban de pasar. Un tipo que esperaba para cruzar al lado mío dijo:

—Andaba haciendo falta un poco de orden.

Impresionaba la prepotencia de la caravana; eran como cincuenta *jeeps* que pasaron sin frenar en la esquina y sin fijarse en el semáforo. De uno de los últimos, se bajó un grupo de cuatro soldados, pero ninguno era Alejandro. Se instalaron ahí, en Plaza Roma. Yo lo seguí esperando hasta las siete en esa esquina, pero no apareció. Lo fui a buscar a la mensajería. Estaba cerrada. Se estaban armando barricadas en Sarmiento y San Martín. Pasaban tipos revoleando palos. «Otra vez», pensé. Iban rompiendo vidrios, contagiando a la gente, hasta que

empezaron a meterse en los negocios. Era una confusión. Empezaron los cantitos de cancha, las patadas en las persianas. Yo doblé corriendo por Florida porque se oyeron gritos:

—¡Vienen, vienen!

Había chicas y tipos bien vestidos metiéndose en los locales de ropa, manoteando lo que fuera. Pasé por delante de la vidriera de Ramírez y vi el vestido azul; lo habían vuelto a poner sobre el maniquí. Ahí estaba, en el local cerrado, tras un vidrio, sin gente. Me quedé parada, el corazón me latió fuerte. Miré a mi alrededor, la gente me esquivaba. Era fácil. Un piedrazo, manotearlo y echarme a correr escondida en la multitud. Pero no me animé. Salí corriendo, huyendo de mi propia idea.

Tuve que ir a Beccar al día siguiente a cobrar el alquiler de la casa. Cuando pedí el boleto, el colectivero me advirtió que el recorrido ya no llegaba hasta Tigre. Le pregunté por qué y me dijo:

—Porque no hay nada.

Pasamos un control policial que habían puesto a la altura de General Paz, la avenida que en ese tiempo rodeaba la Capital. Pasamos sin problemas, parecía que controlaban más al entrar a Capital Federal que al salir.

Al bajarme del colectivo, pasé por delante de la fábrica de galletitas Weyl, donde había trabajado papá como jefe de planta. Hacía cinco años que estaba todo inmóvil. Habían querido formar una cooperativa pero no habían podido. Papá me había llevado una vez a ver las máquinas empaquetadoras y las mezcladoras de masa. Me gustaba el olor dulce de los hornos, pero no me gustaban las galletitas. Papá era tan fanático de la empresa que no me dejaba llevar otras galletitas al colegio. Mamá era mi cómplice, me decía en secreto «tienen gusto a ascensor» y me escondía en la mochila unas Melba o unas Merengadas. Vi a unos chicos detrás de la reja tirando piedras,

tratando de romper los pocos vidrios sanos que quedaban en la fábrica. Antes los hubiese retado para que se fueran, pero ahora el edificio enorme, con todas las paredes rajadas, parecía estar pidiendo que lo tiraran abajo.

Podía caminar con los ojos cerrados por esas calles, porque eran el espacio de mi infancia, conocía cada esquina, cada entrada, cada perro detrás del cerco. Beccar era un barrio residencial, a media hora del centro, que conservaba viejos naranjos en la vereda y casas con techo de tejas. Pasé frente a la plaza con ese ombú en medio, un árbol viejísimo lleno de raíces, huecos y ramas donde me gustaba esconderme y jugar después del colegio. Sentí la alegría física de estar volviendo a casa, pero apareció la idea del alquiler; pensé en los Salas como usurpadores. Era *mi* casa. Era mamá y la ausencia de mamá, a la vez. La permanencia de todas sus costumbres. Cosas chiquitas. Por ejemplo, el lugar donde poníamos los fósforos en el marco de la ventana de la cocina para que el sol de la mañana les sacara la humedad. Eso lo hacía ella y lo habíamos seguido haciendo papá y yo, por costumbre, sin estar del todo conscientes de que era algo práctico. De ese tipo de cosas estaba llena la casa. Una especie de ternura funcional. Nada de carpetitas o adornos inútiles. Eran detalles inteligentes. También la parrilla al fondo del jardín, que papá había hecho muy baja para poder atizar el fuego sentado en una silla. Papá había comprado esa casa para estar cerca de la fábrica. Tenía dos pisos. Abajo, el living, el comedor y la cocina; arriba, dos habitaciones, un cuarto lleno de cosas que papá llamaba *baulera* y yo *escritorio*, y una terraza donde me tiraba a tomar sol.

Me recibió con sus ladridos la perra de los vecinos, a la que llamaban Anit, Negra y no sé qué otros nombres. No paraba de ladrar, como si estuviera advirtiéndome todo lo que me iba a pasar en los meses siguientes, todas las penurias que íbamos a terminar pasando juntas. Era raro porque siempre le ladraba a papá y no a mí; esa mañana parecía realmente querer decirme algo.

Cuando vi nuestra casa me sorprendió lo descuidada que estaba. ¿Cómo habían dejado que se viniera así abajo? Las paredes estaban enmohecidas, la reja estaba desvencijada, faltaban tejas y el jardín era un yuyal. Los Salas parecían cansados, como si no hubieran dormido en meses. No me hicieron pasar. Pensé que era porque estaban avergonzados por el estado de la casa, pero fue por miedo. Desde la puerta, él me dio la plata del alquiler y me dijo en voz baja algo que no entendí por los ladridos.

—¿Qué?

Salas, antes de repetirlo, levantó una piedra y amagó tirársela a la perra que salió corriendo. Estaba muy nervioso. Después me dijo:

—Te vino a buscar una gente. Parecían policías de civil. Les dijimos que no vivías más acá y que no sabíamos dónde te habías mudado.

—Gracias —le dije.

Miró por sobre mi hombro y alrededor, y agregó:

—Nosotros no queremos tener problemas.

—Sí, claro.

Me despedí y me alejé rápido.

No me quedaron dudas de que Alejandro había desertado. Lo estaban buscando. Pero ¿cómo sabían que yo era su novia, y cómo sabían mi dirección? Por suerte no había hecho el cambio de domicilio ni había avisado de la mudanza en el trabajo. También pensé que quizá no habían sido policías, sino Alejandro que me había pasado a buscar con Víctor; quizá él no estaba seguro si me había mudado y no sabía mi nueva dirección. No era muy probable, pero me gustó pensar que había sido así. Salas había dicho que parecían policías de civil, y Alejandro no parecía policía, aunque quizá, ahora, con el pelo tan corto... No había manera de saberlo. Su amigo, Víctor Rojas, era pelado; lo había conocido en Año Nuevo en una fiesta. Podía volver a preguntarle a Salas si uno de los tipos era pelado, pero seguí caminando.

Me puse a mirar para atrás a cada rato, me parecía que todos me seguían, que todos estaban disfrazados de personas comunes: la señora con las compras, el chico en bicicleta, el mendigo. Traté de volver a Capital sin pasar por una avenida principal para eludir los controles, pero era imposible. Me bajé unas cuerdas antes de la General Paz y fui bordeando las entradas. En todas las calles, por más mínimas que fueran, había barreras con gendarmes y, en algunas, los vecinos mismos estaban levantando barricadas con lo que tuvieran a mano: autos viejos, pedazos de alambrados, cajones, tablas.

Decidí pasar como había hecho antes, en colectivo y por una avenida. Los controles demoraban el tránsito. Estuvimos una hora avanzando a paso de hombre. Todos los semáforos titilaban en amarillo. Del colectivo de adelante hicieron bajar a cinco tipos y los hicieron acostar boca abajo en la vereda con las manos en la nuca. Cuando se subieron los gendarmes a nuestro colectivo, empezaron a pedir documentos. A una mujer la bajaron; ella lloraba diciendo que tenía dos hijos en el centro, rogaba que la dejaran pasar.

—Señora, tiene que tener algún documento que acredite que vive o trabaja en Capital —le dijeron y la hicieron ponerse a un lado para que no estorbara.

Yo mostré la tarjeta magnética para ingresar a Suárez & Baitos donde estaba la dirección, y el gendarme me preguntó para qué iba un sábado a trabajar. Le dije que tenía que hacer una guardia telefónica en la recepción y me devolvió mis documentos. Quizá la palabra *guardia* le despertó compasión. Nos dejaron seguir y respiré aliviada porque, al menos hasta el próximo mes, cuando volviera a Beccar para cobrar el alquiler, no tendría que pasar por ahí.

En casa subí por la escalera; durante el día era raro que hubiera luz. La energía volvía de noche y duraba hasta no más tarde de las doce, cuando la volvían a cortar. Fue difícil acostumbrarse a no tener luz. Al principio apretaba el interruptor al entrar al baño, o el botón del ascensor, o la manivela de la

tostadora, y me quedaba un instante detenida ante los aparatos muertos. Era como si el mundo hubiera dejado de girar.

En el cuarto piso había una chica de mi edad tratando en vano de meter por la puerta una biblioteca vacía. Tenía botas hasta la rodilla, pollera larga y unos enormes anteojos ahumados y verdes. Le pregunté si quería que la ayudara y me dijo que sí. Dentro del departamento había plantas por todos lados y pilas de libros. Siempre me sorprendió lo que hace la gente dentro de su casa. En esos dos ambientes casi no se podía caminar por la cantidad de plantas, era una selva de ficus, potus, helechos, palos de agua, que crecían desde macetas hasta el techo, caían desde estantes, se enredaban. Intimidaban un poco.

—Son las plantas de mi tía, los libros son míos —me dijo.

—¿Estudiás Letras?

—Sí, ¿vos también?

—No, hice el traductorado. Pero me gusta leer —le dije.

—¿Y no escribís?

—No. ¿Vos sí?

—Sí, algo —me dijo con un poco de vergüenza.

—¿Te mudás acá?

—Sí, mi casa en Ensenada se estaba viniendo abajo.

—Yo soy María, vivo en el sexto, cualquier cosa que necesites...

—Gracias, yo me llamo Laura.

Vi que tenía *Mrs. Dalloway*, *Moby Dick* y otros libros en inglés, y nos pusimos a hablar de Virginia Woolf, pero, como suele pasar, cada una había leído justo las novelas que no había leído la otra, y toda la conversación fue una serie de desencuentros y comentarios como «Ah, ésa justo no la leí». De todos modos, nos caímos bien y quedamos en intercambiar libros en cualquier momento.

El domingo, como ya me estaba volviendo loca por estar encerrada, quise ir a caminar, a tomar un poco de sol a la plaza de la biblioteca. Le toqué la puerta a papá para ver si quería venir. No contestó. Abrí. Estaba dormido. Se levantaba al

anochecer, justo para ver el noticiero durante la única hora de televisión que daban por día. Comía un poco a la cena y se volvía a acostar hasta la noche siguiente. A veces me olvidaba de que él estaba.

Salí sola. En la plaza no me animé a desplegar la lona, tuve una sensación extraña. No había nadie. Ni chicos jugando al fútbol, ni chicas tomando sol, ni gente con sus perros, ni ciclistas, ni viejitos sentados en los bancos. Nadie. Era un domingo de sol y la plaza estaba vacía. Y no era demasiado temprano. De vez en cuando, pasaba un auto por la avenida. Di una vuelta por Plaza Francia, por La Recoleta. Todo estaba impecable, el pasto cortado, los canteros con flores. En el café La Biela estaban las sillas vacías bajo las ramas del gomero inmenso. Los mozos sentados en los taburetes de la barra se espantaban las moscas con el repasador. Volví a casa rápido.

La semana laboral empezó con esa calma extraña. Durante el día, había movimiento sólo a las horas pico, cuando la gente iba o volvía de trabajar, el resto del tiempo había silencio y todo estaba muy ordenado, pocos autos en la calle, pocos peatones. Casi no había motos. (Lo noté porque, cada vez que pasaba una moto, yo me fijaba si era Alejandro. Ya no se veían dos o tres motoqueros por cuadra como antes.) En varios edificios grandes del centro, habían enrejado los recovecos de la fachada para que no los usaran como refugio. Las veredas estaban barridas, no había afiches pegados ni arrancados.

La calma contrastaba con el tono paranoico de los diarios que informaban que iba a haber desabastecimiento porque varios camiones que traían hacienda y mercadería a la Capital habían sido interceptados y robados. Describían la situación en provincia como «un caos de grupos armados y muchedumbres descontroladas». Y se hablaba de la importancia de fortalecer el perímetro de la ciudad. Incluso desde casa oímos altoparlantes

que hacían campaña con música alentadora para que la gente se sumara a la tarea. Se pedían materiales de cualquier tipo: ladrillos, cal, arena, madera. Vimos que algunos sacaban a la calle lo que tenían y los gendarmes se lo llevaban en camiones para construir la muralla. Montones de cosas viejas que se usaron para tapiar las esquinas perimetrales de la Capital.

Con Laura sintonizábamos una radio clandestina que se oía muy mal y que informaba sobre el avance de la *intemperie*. Decían que en Córdoba, Mendoza y Santa Fe también estaba pasando lo mismo. En algunas zonas, el gobierno distribuía comida y chapas. A mí, por momentos, me parecía todo una gran exageración. Las cosas no podían estar tan mal, porque yo podía ir al trabajo y volver sin problemas. Pero Laura parecía más preocupada. Una tarde fui a buscarla para escuchar la radio y devolverle un libro. Me abrió la tía y me dijo que entrara en su cuarto, porque no había querido levantarse.

—A veces le pasa —me dijo.

Yo nunca fui muy buena para levantarle el ánimo a nadie y no la conocía tanto como para entrar en su cuarto, pero su tía insistió. La encontré sentada en la cama, abrazándose las rodillas, fumando en penumbras. No tenía puestos los anteojos verdes que tanto le gustaban. Me senté en el borde de la cama. Le pregunté cómo estaba y me empezó a hablar muy bajito. Me dijo que había que irse lo antes posible.

—Se llevan a la gente —me dijo—. A una amiga mía la llevaron por error.

Parecía estar en trance cuando me lo empezó a contar. De vez en cuando, hacía una pausa y apoyaba la frente contra las rodillas.

—Mi amiga estaba en el subte, en la estación, y la agarraron tres tipos. La hicieron salir. La metieron en un auto, agachada en el piso, y le taparon la cabeza con un buzo. La llevaron a un lugar que ella cree que era un sótano, porque bajó escaleras. Le sacaron todas sus cosas, la cartera, la agenda, y la hicieron desnudar. Hablaban como policías. La dejaron ahí dos horas y después la

llevaron a otra habitación donde empezaron a darle descargas eléctricas y a preguntarle quién era Sylvia Plath.

Yo no entendía nada; por la oscuridad del cuarto, no le veía bien la cara cuando me contaba estas cosas. Me siguió contando:

—Mi amiga les decía a los tipos que Sylvia Plath era una poeta yanqui y no le creían. No entendía por qué le hacían esa pregunta: «¿Quién es Sylvia Plath?», le gritaban. Ella trataba de no repetir lo mismo, trataba de explicarles quién era esa poeta, qué había escrito. Pero igual la picaneaban. Como un examen, pero con tortura. La dejaron ahí tirada. Después se acordó que ese día había anotado «Sylvia Plath» en su agenda porque a la tarde tenía un curso de poesía sobre Sylvia Plath al que había empezado a ir. Los tipos le habían revisado la agenda y creían que ésa era una cita clave con alguna persona metida...

—¿Metida en dónde?

—...en la Provi. Trató de explicarles que era un error, pero nadie la oía. Al día siguiente le dijeron que ya no hacía falta que les dijera quién era porque la habían encontrado. «Tu amiga Plath está en el pozo de al lado», le dijeron. Del otro lado de la pared, oyó gemir y llorar a una mujer toda la noche. Le gritó varias veces preguntándole quién era pero no contestó. A ella la largaron a los tres días en Longchamps y nunca supo quién era ni qué le pasó a esa mujer.

Papá no se volvió a levantar de la cama. Cuando anularon la única hora de televisión diaria, empezó a dormir literalmente todo el día. Pasé mi cama a su cuarto y puse el living en alquiler. Necesitábamos plata, porque lo que teníamos cada vez valía menos.

Alquilaron el living dos hombres, uno de cincuenta años y otro de treinta y cinco. Los dos se llamaban Sergio. Eran muy limpios y prolijos. Compartían el baño con nosotros. Yo dividí las alacenas en la cocina. Una para Irene y su hermano, otra

para los dos hombres y otra para nosotros. Nos entendíamos todos bien, cocinando por turnos, usando el baño y limpiándolo día por medio cada uno. El único inconveniente era que Sergio, el mayor, roncaba y Sergio, el menor, hablaba dormido o le pedía enojado al otro que parara de roncar.

Me quedaba en cama con los ojos abiertos oyendo esos ruidos, extrañando a Alejandro que tenía una respiración muy serena, como una playa lejos, cuando dormía. En diciembre habíamos dicho que podíamos ir a acampar a la costa algún fin de semana de febrero y yo seguía pensando en eso a pesar de que ya fuera imposible. Quería verlo, aunque no pudiéramos viajar, quería abrazarlo, subirme a la moto y que me llevara como siempre hasta Beccar, por el Bajo, pasando por el colegio donde cursé el secundario, por la parte donde empezaban los árboles en Acassuso, y después esa parte donde la Avenida del Libertador se volvía una cuadra empedrada, en San Isidro, la Catedral, la subida otra vez a la avenida... O las veces que íbamos por la calle que bordea el Tren de la Costa, hasta los bares a la orilla del río. Me desvelaba pensando dónde estaría, cómo se habría escapado, por qué no llamaba una vez más para encontrarnos. Papá dormía muy profundo en la cama de al lado, como si se hubiese acaparado todo el sueño disponible. Yo casi no dormía. Me quedaba en la cama por rutina, en vela hasta el día siguiente, esperando despierta que sucediera de una vez lo que tuviera que suceder.

El día de la invasión, u ocupación, o reconquista (muchos nombres se le dieron), fue el día en que no lo pude despertar a papá. Me extrañó que alguien tuviera ánimo para tirar fuegos artificiales. Cuando se oyeron gritos, entendí: eran disparos. Me asomé al balcón. Pasaban grupos de dos o tres conscriptos corriendo con el fusil en la mano. Cuando entré un segundo a buscar algo, escuché un grito horrible. Al parecer, una camioneta levantó a un conscripto rezagado y, cuando el conscripto se subió, la camioneta aceleró y el chico no pudo sostenerse; cayó al asfalto y lo pisó el camión que venía

detrás. No se detuvieron a pesar de que los otros soldados gritaron. Lo habían dejado ahí tirado. Bajamos y los vecinos de planta baja lo estaban asistiendo. Lo llevaron al hospital que estaba a una cuadra, pero ya parecía muerto.

En la escalera se oyeron voces.

—¡Pasaron la General Paz! —decía alguien desde arriba.

Así nos enteramos de que los bandos de la Provincia estaban cerca. El ejército había podido detenerlos a la altura de la línea que formaban los barrios de Belgrano, Flores y Constitución. Se oyeron tiros durante todo el día. Yo traté de despertarlo a papá, pero no reaccionaba. Lo único que me tranquilizaba era que respiraba bien. Llamé a nuestra obra social, pero cuando les describí lo que le pasaba a papá me dijeron que era un tema siquiátrico y que el plan no cubría esa área; me recordaron además que debíamos tres cuotas. Insulté a la operadora hasta que me cortó.

Tuve que averiguar con distinta gente, hasta conseguir que viniera un médico de la cuadra a verlo. Nadie quería salir a la calle. Al final, el médico joven que vino lo auscultó despacio.

—¿Por qué tiene el control remoto en la mano? —me preguntó intrigado.

—No lo quiere soltar. Duerme así, agarrado al control.

Se quedó un rato pensando. Intentó darle una cucharada de agua y papá la tragó sin esfuerzo. Le diagnosticó un estado semicomatoso, muy poco profundo, del cual, según me dijo, podría salir solo, en unos días. Me indicó que le diera mucha agua y papillas.

Pasó un camión con altoparlantes pidiendo que bajáramos a la vereda cosas que pudieran servir para hacer unas nuevas defensas y barricadas. Muebles, puertas, libros. Se pedía un gesto patriótico a toda la población. Yo escondí mis libros por las dudas. Los puse todos debajo de mi cama y dejé la frazada colgando, para taparlos. Quise avisarle a Laura para que escondiera los suyos, pero no me contestaron cuando golpeé la puerta.

Antes del anochecer aparecieron los soldados. Entraron y sacaron todas las puertas del departamento (hasta las de los placares) y las bajaron para apilarlas en un camión. Por el balcón vimos que estaban haciendo lo mismo en todos los edificios de la cuadra. También nos sacaron un gran aparador. Nos dejaron las camas y las alacenas. Cuando se estaban yendo, uno de ellos entró y miró debajo de mi cama.

—Por favor, dejame los libros —le supliqué.

Pero se los llevó sin mirarme a los ojos, cargándolos arriba de una puerta con otro soldado. Ahí se iban los libros de inglés de mamá de cuando era profesora, los mismos que yo había usado para dar clases particulares y que tenían anotaciones de ella en lápiz en los márgenes. Había uno que, en la primera página, tenía un sello que decía «Margaret Neylan, Escuela San Patricio, 1975». También se llevaron un libro con grabados de anatomía, de mi abuela Rose, que había sido enfermera en el Hospital Británico, y que siempre había estado orgullosa de ese trabajo, sobre todo porque gracias a eso su hija había llegado a ser profesora. A través de ellas me llegaba el inglés y esos libros que ahora se llevaban los soldados. Tres novelas de Virginia Woolf, todo Shakespeare en un tomo azul que yo leía salteado y con dificultad, *The sound and the fury* en una edición de Vintage, *El proceso*, los cuentos y el teatro de Chéjov, varios Penguin que me había ido regalando mi abuela en cada cumpleaños, como *Gulliver's Travels*, *Alice in Wonderland*, incluso algunos que todavía no había leído, como los cuentos de Hawthorne, y otros que no me gustaban tanto, pero que eran míos.

Salí con Irene a la puerta de servicio. Algún vecino que todavía tenía pilas había encendido la radio a todo volumen. La voz del locutor se amplificaba por el tirabuzón de la escalera hacia los distintos pisos, como dentro de un caracol gigante. Nos fuimos juntando para escuchar. Se anunciaba que había habido muchos muertos y heridos. Se prohibía salir a la calle. Dos días estuvo la Capital sitiada, después las líneas de la Provincia se infiltraron.